

CARTA PASTORAL NÚMERO 23

- Cuando se aprovechan las fiestas populares para promover la cultura, el folclor, la música y muchas tradiciones emblemáticas que tienen los pueblos son dignas de admirar.
- Monseñor Builes, en la anterior pastoral, advirtió sobre la desviación que podrían traer los carnavales. Nadie escuchó sus palabras. Por eso escribe esta segunda pastoral sobre los desmanes que trajeron los juegos de azar, el licor, las drogas y los vicios en general, que causaron toda clase de desmanes entre todos los pobladores, desde los niños hasta los más ancianos. Lamenta el alejamiento de Dios.

18 de enero de 1939

LOS CARNAVALES

Especial para la Parroquia de Santa Rosa

El reclamo

Lo vieron nuestros ojos y aún no lo creemos. Recorrimos las calles y las plazas durante los carnavales y vimos nuestra plaza principal convertida en un dilatado garito, en donde hombres, mujeres y niños jugaban a la ruleta o al póker o a los dados o a las cartas o, de otras maneras, el dinero que tenían o el que no tenían; donde jugaban al mismo tiempo su inocencia infantil los niños y su dignidad de pudorosas doncellas las jóvenes, y su seriedad las mujeres mayores, mezclados todos en abigarrada y loca multitud, con los tahúres malencarados, venidos de todas partes, y con las mujeres perdidas que de los cañones y pueblos vecinos se sumaron a las que son piedra de escándalo en nuestra cristiana ciudad.

Como ejemplo esplendoroso de este monumental escándalo, citamos el de una niña de diez años que, habiendo perdido quince centavos que tenía en efectivo, sacó de su dedito una pequeña sortija y la echó sobre el tapete, exclamando con la fiebre del jugador consuetudinario: "Ahora juguemos este anillo". ¡Y las sirvientas jugaban su mísero salario!

Vimos y oímos el sinnúmero de borrachos que día y noche, durante cuatro fatales días, fueron el azote de las gentes tranquilas. Vimos entre esos borrachos niños de once años y jovencitos apenas salidos de la niñez en tristísimo estado de embriaguez, imitando la insensatez de sus mayores.

Oímos los gritos desaforados, y las guturaciones desconcertadas y las blasfemias horribles de los borrachos de mayor edad, entre los cuales alguno gritó en repetidas ocasiones vivas al diablo. Y oímos también la algazara descompasada y desesperante de niños en crecido número, que aullaban por las calles hasta la una de la mañana, entrando libremente a las cantinas, y sin freno, como si no tuvieran padres, como si nos encontráramos en el corazón mismo de la cafería.

No vimos, pero otros ojos si los vieron, los horrendos escándalos que en estos cuatro días de fatal libertinaje se cometieron en homenaje a la diosa de los sensuales, la concupiscencia de la carne.

Y vimos después... la desolación, la muerte de las almas, las calles pictóricas de basura y las almas, las almas, llenas de inmundicia, durmiendo como Jonás los trasnochas de cuatro días de crimen, cobijados, ¡oh dolor!, por la oleada de inmundicia y de pecado con que la horrible juerga cubrió la ciudad como con manto de muerte.

¡Y permitir estos desórdenes los gobernantes, cuya misión es la de procurar el bien de los asociados! Y dar gusto nuestros dirigentes a la masonería, la que, entre sus planes diabólicos contra Cristo, tiene entre los principales medios, el de fomentar los carnavales, para con ellos descristianizar el mundo. ¡Y escoger entre otras ciudades infortunadas de Antioquia nuestra amada sede episcopal! ¡Oh!, la responsabilidad de los dirigentes cuán grande es y ¡cuán poderosamente serán atormentados en la eternidad, según la expresión bíblica! En nuestra desolación, que es la desolación de nuestra ciudad episcopal y de nuestros hijos en nuestro Señor Jesucristo, no nos queda otro camino que exclamar: *Parce Domine...* perdona, Señor, no te enojas para siempre con nosotros.

Elevamos al mismo tiempo nuestras preces al cielo para que, después de perdonarnos, se digne dispensarnos sus gracias, para que este mal tan grande no vuelva a repetirse y se borren las huellas de tantos pecados y tan grandes escándalos.

Pidamos, en fin, a Dios la gracia de entender lo que es la vida cristiana y amoldar a ella nuestra conducta, para no seguir siendo cristianos de mero nombre y paganos en la práctica.

La presente carta se leerá en dos domingos, con los comentarios convenientes doctrinales, en todas las misas que se celebren en las iglesias y capillas de la Ciudad.

Dada en Santa Rosa, a 18 de enero de 1939.

+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos